

# EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

**Sumario.** *Hija, esposa y madre*, continuacion, por Maria del Pilar Sinués de Marco.—*A Clotilde*, por Maria del Pilar Sinués de Marco.—*Carta á un amigo*, por D. Jerónimo Lafuente.—*Margarita de Servan*, continuacion, por la condesa de Mirabeau.—*El lucero de la tarde*, continuacion, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—*Esplicacion y aplicacion del figurin*.—LÁMINA.—Un figurin.

## HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTÉ PRIMERA.

HIJA.

(Continuacion).

XI.

CÉSAR DE MONTEMAR Á CAMILO DE PEÑAFTIEL.

Barcelona, julio...

Concede al menos una mirada con los ojos del alma, que todo lo ven, aunque nada miran ostensiblemente, á tu dichoso amigo: sí, dichoso: lo digo desafiando á tu incrédula sonrisa, que tambien diviso desde aquí.

Camilo, ya sabes que me ha llegado la vez de compadecerte, por dos cosas: la primera, porque prefieres vivir, siendo español, en ese París farsante, engañoso y superficial, á habitar en tu patria, tan bella, tan leal y tan alegre: la segunda, porque crees en pocas cosas, y aun en esas pocas, contra tu voluntad.

Me hallo tan bien en Barcelona, que á no ser por ir á abrazar á mi madre, jamás saldria de ella: la ciudad es bella, alegre, y su ambiente es tan puro como su cielo: además, he hallado aquí una jóven á la que creo consagraré el resto de mi vida.

Mucho debe sorprenderte esta brusca é inesperada confidencia ¿no es verdad? Me parece que amo ya, á pesar de que tu me has pronosticado

AÑO I.—NÚM. 22.

mil veces que no amaria nunca, y si es así, amaré mas de veras que tú.

El objeto es digno, segun tu creerias si le vieras: figúrate una jóven de cerca de diez y ocho años, bastante alta, esbelta y magestuosa: su tez es de ese moreno mate y claro, preferible á la mas delicada blancura: sus ojos negros se parecen á esas estrellas que nos sonrien en medio de la noche: sus cabellos negros son luengos y sedosos como los de las vírgenes romanas: jamás he visto una magestad tan perfecta y tan bella.

Se llama Clara de Campoverde, es de una ilustre familia, amiga de la mia, y ¡pásmate! ¡oh incrédulo mortal! esta hermosa niña me estaba destinada desde hace largo tiempo por su madre y por la mia.

No sé cómo explicarte, Camilo, la especie de fascinacion que Clara ejerce sobre mí, á tí que eres tan docto para comprender y explicar lo que nadie entiende: solo sé decirte, que, al lado suyo, me parece que soy mas dichoso que en mi vida lo he sido.

Gracias á esto, no siento tanto, como sentiria en otra ocasion, la próxima separacion de mi ayo: este excelente señor espera solo á dejarme al lado de mi madre, que se halla ahora en un pueblecillo de Aragon, para volverse á sus pacíficos lares. Sí, Camilo: dos grandes acontecimientos va á haber en mi vida: el quedarme sin ayo, y el sepultarme por algun tiempo en un florido valle, despues de haber visto las mas hermosas ciudades del mundo.

A pesar de las nuevas emociones que experimento, ó tal vez á causa de ellas.... ¿lo crearás, Camilo? hay en mí cierto vacío, cierta cosa desconsoladora y triste: yo no sé lo que anhelo, ni por qué suspiro: yo no sé lo que deseo, ni lo que pido á la vida; pero yo sufro, y á veces.... ¡me canso de vivir!

¿Será acaso porque tratan de casarme? sí! Ya dejé escapar la palabra fatal! Camilo, hoy entro en la vida, y mi madre, tierna, pero severa, teme que me pervierta en el mundo que

16 DE JUNIO DE 1864.

me abre de par en par sus puertas, y me ofrece un hogar y una familia.

Sin embargo, Clara es hermosa y noble; aun tiene otro mérito para mí, que es el de la pobreza: jamás hubiera yo podido amar á una mujer rica: no, la mujer no debe tener mas dotes que la belleza, la bondad y el amor.

Todos estos brillan en Clara, como en el cielo esos dorados luceros, que nos anuncian la aparicion de la noche: me ama hasta la pasion: sí, la pasion rebosa en sus ojos y en su sonrisa, y la adoracion con que me mira casi me hace ruborizar por ella; le faltan para mí, dos cosas; el encanto de la tristeza, y ese pudor suave y dulce que envuelve á la mujer como un diáfano velo: en esta jóven tódo es estremado: si odiase, seria terrible: amando, subyuga y arrastra con la fuerza de su misma pasion.

Despues de todo, es una dicha el ser querido así: y debo dar gracias al cielo, que me proporciona la felicidad obedeciendo á mi madre.

Ya tengo deseos de fijar mi vida y mi destino, Camilo: ¿qué he sido yo hasta hoy? lo que tú me has dicho tantas veces compadeciéndome; un niño rico y mimado en la apariencia, pero en realidad encerrado siempre en una jaula de oro: un pájaro, á quien cortaron las alas, y que siempre ha mirado al cielo, sin poder llegar á él. ¡Oh, cuanto he llorado la pérdida de mi padre! ¡cuán feliz hubiera sido bajo su angusta proteccion! Héme aquí hoy frente á la vida ignorando lo que es y lo que vale, conociendo algunos de sus dolores, y sin haber saboreado ninguna de sus dichas: héme aquí frente á un destino oscuro que no titubeo en aceptar, y que aun no sé lo que me tendrá reservado: ¿qué soy yo? un muchacho que ha visto muchos países, que conoce la historia y los usos de algunas naciones, que ha admirado las grandes obras de la industria y de la civilizacion, y al que han vendado los ojos para que pasara por enmedio de todos los goces de la vida: nada he conocido hasta hoy del corazon humano: ni el amor ni la amistad me han brindado sus goces, y todo es nuevo para mí, y todo me asombra como al ciego que abré por la primera vez sus ojos á la espléndida luz del dia.

¡Cuánto diera porque mi pequeño hermano tuviera edad bastante para ser mi amigo! ¡cuánto diera por ser, en vez de un pacífico educando, un jóven militar que hubiera probado al menos las emociones del combate!

Pero no, no me quejo de mi suerte: entre lo mucho inútil que me han enseñado, he aprendido dos cosas mas grandes que todas las demás. Que Dios nos dá á cada uno lo que nos conviene, y que jamás debemos resistirnos á su paternal voluntad.

Debo llamarme feliz porque hay dos mujeres

que me aman, dos mujeres buenas, nobles, adorables: mi madre y Clara: yo quisiera que vieras á esta, y disculparias el que me casara á mi edad.

Y tú, Camilo, ¿llevas aun en París esa vida libre y alegre, de que me decias hallarte tan contento? ¿asistes á los teatros, á los bailes, á las grandes fiestas de la nobleza? ¡Qué diferencia entre nuestros destinos! yo he visto aquí un teatro por la primera vez: la educacion austera que mi madre encargó se me diese, ha ido mas allá de sus deseos.

Adios y dime pronto si me compadeces ó me envidias: tal es tu escéntrico modo de pensar, que presumo sucederán las dos cosas.

Tuyo, como siempre,

CÉSAR.

(Se continuará).

MARÍA DEL PILAR SINÚS DE MARCO.

## A CLOTILDE.

Niña gentil, en cuyos negros ojos  
Arde del génio el refulgente rayo  
Y que retratas en tus labios rojos  
Las rosas puras del florido Mayo:  
Cuéntame tus ensueños, tus antojos,  
Y el alma volverá de su desmayo,  
Para aspirar con íntima alegría  
Tu bella é inocente poesía.

Tú me preguntas si mi triste canto  
Nació conmigo ó lo aprendí en la tierra,  
Y si algun dia lo regué con llanto  
Y si con él apostrofé á la guerra.  
Sí, conmigo nació: y era mi encanto,  
Niña como eres tú, cruzar la sierra;  
Contemplar á la luna y á las flores,  
Y escuchar el cantar de los pastores.

Yo canto, como canta en la pradera  
La mísera y errante golondrina,  
Como canta en la alegre primavera  
El ruiseñor, que en las acacias trina,  
Como canta la alondra lastimera  
Cuando asoma la estrella vespertina,  
Como canta el arroyo transparente  
Al azulado cielo sonriente.

Sin método, sin ciencia, sin empeño,  
Solo Dios me enseñó mis armonías:  
A Dios le canto en mi tranquilo sueño,  
A Dios le canto en mis serenos dias.  
Dios, de mi inspiracion único dueño,  
Acepta mis sencillas melodías,

Y ni á la guerra dediqué mi canto,  
Ni le regué jamás con triste llanto.

La verde rama que columpia el viento:  
El rayo de la luna desprendido  
Que penetra medroso en mi aposento;  
De la sencilla tórtola el gemido  
Que entre sus alas me conduce el viento  
Como recuerdo del amor perdido;  
Todo envía, Clotilde, al alma pura  
Raudales de armonía y de dulzura.

La barca humilde que del manso río  
Los diáfanos cristales va cruzando;  
La niña que atraviesa el bosque umbrío.  
Y flores entre el césped va buscando;  
El humo del nevado caserío,  
El pájaro que el aire va cortando,  
Y de las flores el murmurio leve  
Cuando la brisa sus corolas mueve:

Y el ronco trueno, y la tormenta loca  
Que en lluvias estridente se desata:  
Y la anchurosa y espumante boca  
Que ostenta la sorberbia catarata;  
Del alto monte la nevada toca  
Y el largo manto de argentada plata,  
Y las purpúreas nubes de occidente,  
Y las rosadas del alegre oriente,

Todo me habla de amor, de poesía:  
En todo veo la potente mano  
Del Hacedor, que el universo cria,  
Y de su ser el insondable arcano:  
Dióle belleza al luminar del día  
Un soplo de su aliento soberano,  
Y á la noche su espléndida grandeza  
El grave reflejar de su belleza.

Yo canto como el ave: yo cantara  
Sin método, ni afán, esfuerzo ó cuenta,  
Sin que nadie en el mundo me escuchara  
Sin nacer Guttemberg, ni haber imprenta.  
Aunque sola en el orbe me quedara,  
Ó aunque me oyese cuanto vida alienta,  
Yo cantaría, y al dejar el mundo,  
Cantaré como el cisne moribundo.

¡Gloria! cantan á Dios la flor y el ave,  
Las tormentas, los astros y las brisas:  
Los poetas con voz sonora y grave,  
Con alma y corazon las poetisas.  
Le canta el aura con acento suave,  
Himno le da la flor con sus sonrisas  
Y los bramidos de la mar rugiente  
Le cantan con su voz omnipotente!

Ciñan siempre, Clotilde, tu arpa de oro  
La esperanza y la fé, flores del cielo,

Y nunca amargo correrá tu lloro,  
Y nunca en vano pedirás consuelo:  
Son esas santas flores el tesoro  
Que guarda la mujer en este suelo,  
Y ellas encierran la aromada historia  
De las cantoras que alcanzaron gloria.

Tal vez es cierto que el poeta llora  
Cuando rien quizá los demás seres;  
Mas la llama del estro brilladora  
No es la que arranca llanto á las mujeres:  
Es que en el alma nuestra se atesora  
Mas afán de dolor que de placeres:  
Que en nosotras hallaron blando asiento  
La ternura, el amor y el sentimiento.

No abandones la augusta poesía:  
Su hábito santo, el universo llena;  
Del aire vá por la region vacía:  
Del cielo vá por la region serena.  
Revela cuanto existe su armonía:  
Luz es del alma, generosa y buena:  
Presta á la fantasía blancas alas,  
Presta al amor inmaculadas galas.

Sé bien llegada, pues, tierna cantora,  
Al armonioso y femenino coro,  
Y ¡ojalá seas la gentil aurora  
Que un sol anuncie con reflejos de oro!  
¡Que el eco de tu cítara sonora  
Y de tu canto, el celestial tesoro,  
Vuelen gloriosos por el mundo entero  
Como los ecos del clarín de Homero.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

### CARTA Á UN AMIGO.

Madrid, junio de 1864.

Querido Juan: mucho tiempo ha pasado desde que recibí tu última; debia haber contestado antes á ella, pero, si he de decirte la verdad, temo cojer la pluma por miedo de no saber dejarla á tiempo. Si no fuera por eso, ya me tendrías ahora en algun periódico escribiendo gacétilas, por lo ménos; pero chico, cada día tengo mas escrúpulos, y creo que concluiré por olvidar que existen plumas.

De lo que no desisto es de leer todo cuanto se escriba, eso sí, y criticarlo como me dé la gana, en el café, detras de los autores, por supuesto, porque como la taquigrafía no funciona aun en estos establecimientos, no hay miedo de crearme enemigos.

He dicho que no desisto de leer todo cuanto se escriba; pero ya habrás comprendido que no

he querido hablar de aquellas obras científicas ó filosóficas que á su mucha estension unen la pesadez y la monotonía, estando por consiguiente desprovistas de toda amenidad.

La ciencia no sirve mas que para poseerla. Hablar hoy en lenguaje científico, es hablar en griego, segun dicen. Cuando oiga á un sábio te diré si esto es verdad.

Pasa lo mismo con la ciencia, que con los billetes de banco. Como á estos, nadie la quiere.

Figúrate, pues, la salida que tendrán los libros, ó mejor, el *papel-libro*, cuando el papel del siglo, el gran papel, el papel moneda es despreciado hasta por los mozos de café.

Vale, pues, mas, á mi juicio, ser filósofo que sábio.

No estrañes que mi carta sea un pandemonium; ni que te hable de cien cosas á la vez, sin que tengan maldita la cosa que ver una con otra. Te escribo con el objeto de matar el tiempo, pues por mas que sea una verdad, que ha echado de ver Solgas, aquello de que no somos nosotros los que matamos al tiempo, sino que él es el que nos mata, siempre los hombres en tales casos dirán tales cosas.

No pienses que me ha dado ahora la mania de estudiar. Estoy convencido de que me sobra la mitad de lo que sé, y eso que no he estudiado en mi vida.

Y tan cierto es lo que te voy diciendo, que estoy seguro de que nadie que me conozca, negará que, junto á mi, Aristóteles y Platon y los siete sábios de Grecia, serian niños de teta.

¡A qué poca costa, decia Luis dias pasados, á qué poca costa se hicieron célebres aquellos benditos varones!

De esto se habló hace pocas noches en un café, y voy á contarte nuestra conversacion.

Has de saber que yo, que cuando estaba contigo en ese pueblo, respetaba tanto las opiniones de los demas: yo que creia á puño cerrado, (y si no creia, me reservaba mi opinion y procuraba estudiar si era una verdad ó un error lo que pensaba) todo lo que decian aquellas personas á quienes consideraba superiores á mí en talento y en saber y en esperiencia, me he convencido de que obré como un pobrete.

Ahora pues, trátese de lo que se trate, como tenga yo alguna confianza con los que me oyen, pues aun no me atrevo con desconocidos, siempre me coloco en la oposicion, y hablo todo lo que puedo.

Es mi sistema, y al aceptarlo, no hago mas que seguir la corriente, amigo mio.

Hallábame, como te he dicho, en un café, tomando un Malakoff.

¿Sabes lo que es un Malakoff?

Tomas un azucarillo, viertes sobre él unas

gotas de rom, lo prendes fuego con un fósforo, cuando ya está tostado el azucarillo y casi consumido el rom, lo zambulles en un vaso de agua, lo disuelves, y cádate un Malakoff.

Cuando vengas á Madrid (no lo hagas en verano), te enseñaré el lenguaje técnico de los cafés, porque me temo verte con un palmo de boca abierta, cuando oigas pedir al que está á tu lado, *una chica fuerte*, por ejemplo, ó *una chica clara*, etc., etc.

En los cafés se habla de todo, menos en el de la Iberia, en donde solo se habla de política.

Grandes políticos asisten al café de la Iberia.

Entre algunos cesantes, que dicen que el Gobierno es una plaga desconocida en Egipto, y muchos pretendientes, que le miran con benevolencia, vése aquí y allá diseminada una caterva de esperanzas de la patria, sávia fecundante que ha de llenar, andando el tiempo, de gloriosas páguas la historia del siglo en que vivimos: todos, ó la mayor parte, están perorando á diferentes auditorios: sus ideas son hijas de la conviccion mas profunda; su palabra elocuente; sus discursos magníficos; las razones en que los fundan no tienen vuelta de hoja.

Estos son diputados monosílabos.

Hablan en el café porque callan en el Congreso.

Son tan modestos, que no quieren que su gloria pase de las tapias del café de la Iberia.

Basta de digresiones.

He dicho que iba á contarte nuestra conversacion.

Mis amigos Luis, Antonio, Diego y Manuel me escuchan.

Ya sabes de lo que se habla. Luis ha querido probar que era muchísimo mas fácil en los antiguos tiempos llegar á ser un hombre extraordinario ó un héroe que en los dias que corren.

Como entonces todos eran ciegos, claro es, aquel que tenia un ojo... figúrate.

Yo tomo la palabra.

«En los tiempos actuales, digo, puede alcanzar cualquiera la celebridad y el nombre de héroe, sin mas que cumplir con su deber, sin hacer nada realmente extraordinario ó sobrenatural.»

La contestacion fué una sonrisa que le faltó poco para ser una carcajada.

Entonces me olvidé de Madrid y sus *corrientes* y me acordé de nuestro buen amigo Pepe.

«Todos conoceis á Pepe, empecé.

Pepe es un héroe.»

Aquí ya soltaron la carcajada.

«Pepe no es ambicioso; el que hoy no es ambicioso, está en camino de llegar al heroísmo.

Con tres mil duros que le producen anualmente dos casas que posee, tiene lo bastante para sí y algo para sus amigos, cuando lo necesitan.

Bastará una observación para que quedeis convencidos de que Pepe no tiene ambición; mas aun, de que Pepe es generoso.

Hay razones capaces de convencer al mas obcecado, y con una de ellas voy á probar el desprendimiento y desinterés de nuestro amigo.

Su padre murió el año 1851.

Quedó Pepe en absoluta posesión de sus dos casas.

Los inquilinos de hoy pagan lo mismo que pagaban los que las habitaron hace diez años.

Si lo dudais, el día que os dé la gana, os presentaré dos recibos de inquilinato, uno del año 54 y otro del corriente.»

En Madrid, amigo Juan, esta es una razón que aplasta.

«Cójanse cien personas, las primeras que pasen por la calle, dígaseles esto, y estoy seguro, y tambien vosotros, de que las noventa y nueve no lo creen.

¿Por qué no lo creen?

Porque no hay en Madrid un solo casero que haga lo mismo.

Decidme ahora si Pepe no es un hombre verdaderamente extraordinario.»

(Se continuará.)

JERÓNIMO LAFUENTE.

## MARGARITA DE SERVÁN,

POR

la condesa de Mirabeau.

(Continuación).

—Mi madre habla de la fachada, observó desdenosamente, Millé. de Courtavel: es preciso, para entenderla, comprender su latin.

Poco despues, y terminada ya la comida, la conversacion recayó sobre los vecinos. Mme. de Courtavel quiso aprender la historia de cada uno y saber, sobre todo, la cifra exacta de su fortuna; pero á Margarita le fué del todo imposible satisfacer su curiosidad,

—Un notario de Saint-Brieuc, os informará mejor que yo, tia mia, respondió tímidamente.

Despues de esta breve respuesta, que por cierto no gustó nada á la orgullosa castellana, Margarita paseó una mirada triste en torno suyo: por todas partes creia ver aun la sombra querida de su madre: buscó con los ojos el sitio que ocupaba ordinariamente Mme. de Serván, y la vieja péndola, donde habian sonado todas

las horas de su dichosa infancia. Un magnífico pedestal de mármol, superado de un precioso bronce, habia reemplazado al reloj, cuyo sonido aun estaba en la memoria de Margarita, y que la pobre huérfana veia con los ojos de su alma.

Mme. de Courtavel creyó que Margarita estaba en éxtasis ante el lujo de su casa.

—Este reloj, dijo ella llena de satisfacción, representa á *Patraca*.

Felizmente el artista que habia modelado el bronce, habia tenido la precaucion de escribir sobre el zócalo *PETRARCA*, para proteger su obra contra toda falsa acusacion.

Levantóse la castellana despues de su erudita aseveracion, y tomó del brazo á Margarita para pasearla á su sabor por todo el castillo; ¡qué dichosa hubiera podido ser esta haciendo sola aquella peregrinacion tan dolorosa para ella! Los sitios habitados en los días de su dicha revelaban, en su mudo lenguaje, su pasado entero! Cuando volvemos á hallar los parages que hemos amado, se creen escuchar voces, que nadie mas que nosotros puede comprender sobre la tierra: es un eco lejano que el alma oye con recogimiento y que trae á la memoria lo que el tiempo se ha llevado en sus alas! todo cambia en este mundo, escepto lo pasado que permanece inmutable, y es casi siempre á la vez un dolor y una leccion!

Margarita hubiera querido arrodillarse á cada paso; ella buscaba las huellas queridas de sus padres, y Mme. de Courtavel, deseando asombrarla con sus elogios, la aturdió dolorosamente.

Tres salones habia en Serván, pues la faustosa castellana queria complacer el gusto de sus huéspedes, cualquiera que este fuese: una bella sala gótica correspondia al estilo del castillo: otra decorada á la moda del siglo XVIII, ofrecia á las miradas muebles á lo Luis XV de la mas elegante forma: un tercer salon estaba guarnecido de sillones derechos y altos sobre pies torneados, cuyos respaldos despedian hácia adelante á los que querian descansar en ellos como el volante despide á la raqueta: bustos egipcios adornaban las altas y estrechas consolas; sobre las puertas, águilas con las alas desplegadas parecian quererse lanzar sobre el visitador que pene traba en esta habitacion, consagrada á los recuerdos de 1810.

—Este, dijo triunfalmente Mme. de Courtavel, es mi salon *empírico* (1).

Despues de visitar todo el castillo, Margarita, que se sentia muy fatigada por sus dolorosas emociones, volvió al presbiterio, y respiró al fin con calma y libertad al lado de sus bue-

(1) *Imperial*.

nos y sencillos amigos: y allí, al lado de la verdad y de la natural dignidad de la virtud modesta, se dijo que nada es tan disonante y ridículo como una mujer vulgar que quiere darse aires de gran señora; al ver á su tia, habia creído asistir á una comedia muy mala, y peor representada.

## IV.

Algunos meses pasaron.

Mlle. de Serván iba con frecuencia al castillo, en el que era recibida sin cordialidad alguna.

Sin embargo, su presencia cortaba las frecuentes disensiones que se suscitaban entre madame de Courtavel y Lucía, que no tenían para sufrirse mas que una afección muy incompleta: el orgullo desdeñoso de la jóven no toleraba las ridiculeces de su madre, quien por su parte tampoco amaba á su hija mas que como un objeto bonito para halagar su vanidad.

La buena y dulce Margarita aceptaba con gratitud los frios cumplidos de Mme. de Courtavel y de su hija: su corazón tenia necesidad de ternura, y amaba á la helada y dura Lucía á pesar de sus defectos.

Con su natural tolerancia, con su dulce humildad, se decía algunas veces:

—Yo tengo tambien defectos de carácter y caprichos, que Lucía soporta, y por lo mismo debo yo soportar los suyos.

Un día Mlle. de Courtavel llegó al presbiterio agitada y radiante.

—Margarita, dijo al entrar en el cuarto de su prima: me caso.

—¡Ah! tanto mejor, mi querida Lucía, exclamó Margarita abrazando á su prima: estoy muy contenta, porque tu boda parece causarte un gran placer.

—Sí, respondió Lucía, aceptando el sillón que le ofrecía su prima; estoy contenta, porque hago un soberbio matrimonio: me caso con el marqués de Saint-Serve.

—¡No me habías hablado nunca de él! objetó Margarita.

—Jamás le he visto, respondió Lucía.

—¡No le has visto jamás, y vas á casarte con él! exclamó Margarita estupefacta.

—Sí, querida: así es como en nuestra sociedad se hacen los matrimonios.

—¡Ah! repuso Mlle. de Serván: yo soy muy pobre, y no pienso en casarme: mas si estuviera en tu lugar, Lucía, no podría resolverme á unirme con un desconocido, y querría verle antes de decidirme.

—¡Un desconocido, Margarita! exclamó Lucía: ¡tú estás loca! ¡el marqués de Saint-Serve, es conocido de todo el mundo!

—De todo el mundo, pero no de tí.

—¿Y qué me importa? ¡yo sé que es un jóven encantador, muy rico y marqués! ¿qué me importa que sea moreno ó rubio, alto ó bajo? no me ocupo para nada de esas pequeñeces.

—Veo que no me comprendes, mi querida Lucía, repuso Margarita con triste gravedad: yo creía que era preciso para ser dichosa, amar al hombre á quien enlazamos nuestra vida: ¿y cómo amarle cuando no se le conoce? pero tal vez sea yo la que me equivoque, prosiguió Margarita: perdóname, prima mía, mi asombro y mis reflexiones: ¿cuándo verás á tu futuro esposo?

—Llegará mañana con la condesa de Eriey, una parienta de mi padre, y que por lo mismo lo es tuya tambien; ella es quien ha arreglado este matrimonio: todo está convenido, y solo falta que me vea el marqués.

Lucía dijo estas palabras echando una triunfante mirada sobre una pequeña luna de Venecia, que desde el Castillo de Serván habia acompañado á Margarita al presbiterio.

La señorita de Courtavel juzgaba desde luego á su prometido capaz únicamente de apreciar su gran belleza, y pensaba poder decir en aquella ocasión como en otras:

—«Me han visto, y he vencido.»

(Se continuará.)

(Arreglo del francés.)

MARIA DEL PILAR SINÚES DE MARCO.

## EL LUCERO DE LA TARDE.

(Continuacion).

Al eco de su voz, el jóven volvió los ojos lanzando á su vez una exclamación de sorpresa y de placer.

Con una rapidez indecible echó pié á tierra, y andando algunos pasos mas, se halló en los brazos de Luisa que le recibió en ellos derramando dulces lágrimas de alegría.

—Al fin, eres tú, dijo con un acento lleno de expansión y ternura.

—Yo soy, Luisa mía, yo que vuelvo mas apasionado que nunca y para no separarme jamás de tu lado.

En aquel momento la mirada de Cisneros se fijó en Clara, y estrechándola contra su seno,

—Gracias, dijo á su esposa, gracias por haber prevenido mi deseo.

—He querido traerla para que nada faltase á tu alegría.

—¡Oh! has hecho muy bien. Las dos sois mi vida, á las dos debia hallar juntas, puesto que ni una ni otra os habeis separado de mi memoria ni de mi corazon.

—¿Será cierto?

—¡Oh! si lo es: vuestra memoria me ha sostenido en tan larga ausencia. Cuando me hallaba triste, miraba tu retrato, el que me llevé al partir, y al verte, al contemplar á mi hija, la esperanza me sonreia y cobraba aliento y valor.

—¡Pablo!

—Mira, siempre le he llevado conmigo, aquí sobre mi corazon.

Y al decir estas palabras, Cisneros sacó de su seno una cartera, dentro de la cual habia un retrato de Luisa de un parecido admirable, y con su hija en los brazos.

La niña, que se hallaba muy cerca de ambos, fijó su vista en la cartera y dijo con acento infantil y puro:

—Mamá, yo quiero verla; dile que me la dé.

Pablo que la escuchó, besó su frente y puso en sus manos el objeto que anhelaba, satisfaciendo lleno de placer el primer deseo de su hija.

Clara se sentó sobre la yerba, y con una curiosidad propia de su corta edad, empezó á repasar uno por uno los papeles que guardaba su padre, mientras este se enajenaba de felicidad contemplándolas á ambas.

Largo rato hablaron recordando lo pasado y soñando con el porvenir; conviniendo el plan que debian seguir para poder asegurar su futura dicha.

—Sí, dijo por último la jóven, Dios escuchará mis ruegos y podremos ser felices, consagrándonos á nuestro cariño y á la ternura de nuestra hija.

La voz espiró en sus lábios al terminar estas palabras, pues un hombre, que sin duda las habia oido, movió las ramas, al pretender cruzar recatadamente al otro lado del camino, donde se ocultó de nuevo.

Aquel hombre era Adrian.

—¡Dios mio! murmuró Luisa conociéndole; el amigo de mi hermano.

—¿Cómo!

—Sí, un jóven que vive en nuestra casa y que lo va á revelar todo á Julio, porque acaso nos ha oido.

—Y ¿qué importa si dentro de dos dias cesará todo el misterio?

—Es cierto; mas no quisiera que nadie antes que tú, hablase á mi padre de nuestros amores.

—Mas...

—Separémonos ya, Pablo.

—¿Tan pronto?

—Tú has sufrido las penalidades de un largo viaje y necesitas reposo: ya es tarde, y además, la noche está tormentosa y fria.

—Pero...

—Aun tengo que llevar á Clara con su nodriza y, bien lo sabes, la cabaña de Marta está lejos de aquí.

—Sea, pues tú lo quieres.

—Monta en tu caballo y toma el camino de la ciudad, en tanto que yo voy al molino, donde me espera Clementina.

Pablo cedió á esta cariñosa exigencia, y besando de nuevo á su hija que ya se habia acercado á ellos, asustada por el ruido que hizo Mendoza, subió á su cabalgadura y se preparó á dirigirse á la poblacion.

Luisa á su vez, despidiéndole tiernamente, tomó la vereda opuesta llevando á su hija de la mano.

Ni uno ni otro fijaron su atencion en un objeto blanco que se destacaba en la oscuridad.

Eran los papeles de Pablo que la niña habia esparcido por el suelo, y que se dejaba olvidados en aquel sitio, llevándose solo la cartera y el retrato de su madre.

#### CAPÍTULO VI.

Habia anochecido ya casi por completo. Julio ensimismado y silencioso esperaba á su amigo, estremeciéndose á cada rumor que de vez en cuando llegaba á sus oidos.

Ya casi estaba decidido á marchar de aquel sitio, cuando distinguió á Mendoza que venia hácia él caminando con precipitacion.

Poco tardó en llegar á su lado, y el hermano de Luisa pudo comprender bien pronto que Adrian estaba agitado y sombrío.

—¿Qué traes? le preguntó creyendo que su disgusto provenia de alguna causa contraria á sus planes; ¿qué traes?

—Nada, murmuró Mendoza disimulando mal su disgusto.

—Vienes pesaroso; en tu voz y en tus facciones se retrata la cólera.

—No; te engañas. A ti acaso solamente interesa el descubrimiento que acabo de hacer.

—¿A mí?

—Sí.

—¿Pues cómo?

—Se trata de tu hermana.

—¿De Luisa?

—De la misma: acabo de verla.

—Habla pronto.

—Silencio: no es tiempo ahora.

—¿Por qué?

—Mira allá abajo: á la derecha del camino distingo un bulto, y aunque es fácil equivocarse porque la noche está oscura, creo ver á un caballero, y debe ser el que esperamos.

—Adrian, en nombre del cielo, vámonos.

—Calla, calla, es el único modo de remediar-

lo todo. Piensa en tus deudas, piensa en el enojo de tu padre si llegase á saberlas.

—Pero...

—Ya está aquí: no me habia equivoado. Incorporémonos con él.

Y Mendoza cogió el brazo de Julio que se dejó llevar maquinalmente, y ambos se colocaron en medio de la vereda y al paso del que avanzaba hácia aquel sitio.

Este era un hombre de pequeña estatura y de rostro pálido y enjuto: se hallaba próximo á la vejez, aunque en un estado de perfecta fuerza y agilidad.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

## ESPLICACION Y APLICACION

DEL FIGURIN.

*Figura 1.<sup>a</sup> TRAJE DE CAMPO.*—Vestido de pelo de cabra, adornado en la parte inferior de la falda por una franja de felpilla que forma picos, y que es de un color mas subido que el del traje.

Cuerpo escotado en cuadro, de talle redondo y con mangas cortas, que están adornadas por una franja de felpilla semejante á la de la falda: de debajo de estas mangas, salen otras largas, de muselina, de forma de codo, redondeadas y un poco abiertas en la parte inferior, que está guarnecida, lo mismo que el lado, por un encaje de tres centímetros de ancho.

Canesú cuadrado, que, en su parte inferior, sigue la forma del escote del vestido y se cierra en el cuello: esta linda confeccion está formada por bullones de muselina blanca, y pequeños bieses de tafetan lila, como el fondo del traje, terminando por un encaje bastante ancho.

Cinturon de cinta lila, con hebilla de oro liso.

Prendido de encaje blanco y cinta lila, que forma lazadas sobre la frente y descende por detrás en dos graciosos cabos.

Guantes muy claros y brazaletes sencillos.

El precioso traje, que acabamos de explicar, es un lindo intermedio entre el de sociedad y el alto: una jóven estará encantadora con él, y aun en el estío de la vida, es uno de los mas á propósito para realzar las gracias de un hermoso semblante: es fresco y sencillo, pero esmerado, circunstancias que rara vez se hallan reunidas: sirve, en la presente temporada de baños, para sentarse á la elegante mesa del *hotel*, y para las veladas que se pasan en el salon: convendría mucho hacerle dos cuerpos, uno alto, con la tela interior ó forro escotado, y otro como el que

representa nuestro modelo, sirviendo así en muchas ocasiones, en las que conviene y se necesita una perfecta sencillez.

Nosotros creemos que hay mas personas de modesta fortuna, que opulentas, y que, al hacer un lindo traje, debe procurarse que este preste los mayores servicios posibles.

*Fig. 2.<sup>a</sup> TRAJE DE VISITA.*—Vestido de glase verde: la falda está bordeada de un grueso vivo, que sirve de cabeza á un volante plegado á tablas bastante grandes: sobre éste van colocados dos anchos entredoses de encaje negro, encerrado cada uno en dos rulós verdes de la tela del vestido.

Cuerpo alto, con punta delante y con pequeña aldeta detrás, adornado alrededor del talle por un entredos mas estrecho.

Mangas ajustadas, adornadas en la parte superior por un entredos que forma jockey, y en la inferior por otro que forma vuelta.

Cuello de batista, guarnecido de un pequeño Valenciennes, y mangas interiores con puños iguales.

Paletot *Basquine* de falla de seda negra, semiajustado al talle, y recortado en ondas en el borde inferior: estas ondas están orilladas por una cinta de pasamanería, bajo la cual se pone una ancha blonda: otra blonda mas estrecha forma las hombreras, y corre por la espalda formando pelerina: las mangas estrechas, llevan una ancha vuelta con ondas y blonda mas pequeñas.

Sombrero de tul blanco, bullonado, de fondo flojo y caído, y adornado por largas ramas de margaritas de los campos: el interior del ala está guarnecido de tul bullonado y de margaritas: las bridas son de seda blanca.

Sombrilla de moiré antique, guarnecida alrededor de una franja de marabouts.

Guantes de Suecia, color de cuero muy claro.

Mas propio que de señorita, nos parece este traje de señora casada: á pesar de su estremada sencillez, reúne bastante riqueza, y así creemos que lo puede usar tambien una señora de edad avanzada, cambiando las margaritas del sombrero por otras flores menos sencillas y mas oscuras, como, por ejemplo, por una guirnalda de lirios ó campanillas con follaje oscuro.

Cuando avance mas la estacion, será muy lindo sustituir el paletot con un chal de encaje negro.

PAMELA.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSE MARCO.

MADRID: 1864.—IMPRESA ESPAÑOLA, TORIJA, 14.